

LITERATURA

Larra y Espronceda, testigos de su tiempo. Dos escritores en comunión de pensamiento

Robert Marrast, *Francia*

De la época en que publica sus *Canciones* y los artículos políticos destinados a *El español*, Espronceda no ha dejado ningún texto en el que expusiera sus ideas literarias y su concepción del papel del escritor. Ahora bien, para comprender toda la importancia y el alcance de sus obras compuestas a finales de 1835 y comienzos de 1835, no basta con poner de relieve sus perfiles de originalidad e innovación que le valieron al poeta una rápida celebridad; cabe situarlas dentro del movimiento general de las ideas y en relación con las demás formas de expresión literaria de la misma época. Los escritos de Larra permiten efectuar dicho cotejo, ya que ningún otro contemporáneo de Espronceda presenta mayores afinidades con éste.

La comunicación de pensamiento entre ambos no es forzada; está fundada en un aprecio mutuo y una amistad que, según demuestran varios testimonios, re remontan a muy antiguo. Los dos autores, que se habían conocido siendo adolescentes, reanudaron, tras el retorno del poeta a Madrid, estos primeros lazos de amistad. En varios artículos publicados en julio de 1834, Larra defendió a Espronceda, que había sido desterrado de Madrid al igual que García de Villalta a raíz del asunto de La Isabelina; en su crónica sobre *Ni el tío ni el sobrino*, no se enseñó con los autores, que habían sufrido empero un merecido fracaso, y destacó su talento; por último, en su reseña sobre el folleto de Espronceda *El ministerio Mendizábal*, ridió homenaje al autor en unos términos que no dejan duda alguna sobre su sinceridad. La amistad de los dos escritores queda confirmada en unas líneas de una carta de Larra al editor Delgado, escrita desde París, con fecha del 20 de agosto de 1835. Larra se queja de no tener noticias de Vega y de Grimaldi, y añade luego, refiriéndose a Espronceda:

Dígale usted que estoy muy agradecido a la exactitud con que en los primeros días de mi ausencia cumplió mis encargos de guardar secreto. Posteriormente he sabido, por una casualidad, su porte caballeresco. Nunca me admiro, porque le conozco; pero sí deseo ocasiones aquí o en cualquier parte de probarle cuánto le estimo,

más: lo quiero y respeto sus brillantes calidades, superiores aun, si cabe, a su talento¹.

Era pues a Espronceda a quien Larra había confiado el motivo secret de su marcha de Madrid, a finales de marzo o comienzos de abril de 1835, y podemos ver en qué expresivos términos hablaba de su amigo, en un escrito privado. Indudablemente, y a pesar de la profunda diferencia de carácter que los separaba, existía entre ambos muchos más que una mutua simpatía.

Aunque cuando son distintos sus respectivos medios de expresión, los puntos de vista que manifiestan en sus escritos coinciden muy a menudo en 1835-1836. En el cuarto número de *El artista*, el conde de Campo Alange había publicado un artículo muy favorable sobre la traducción, por García de Villalta, del *Dernier jour d'un condamné* de Hugo; pero se dedicaba sobre todo a alabar sus cualidades literarias². Larra, en *El reo de muerte* publicado poco después, y en el que aparece una alusión a la poesía de Espronceda que lleva el mismo título, no se conforma en apidarse de las crueles experiencias impuestas al condenado, sino que plantea el problema de la pena de muerte y de su aplicación en término de moral social, sin concesiones al humanitarismo o a una vaga filantropía. Dicho artículo contiene reflexiones idénticas a las que suscita la canción del poeta. Larra señala que la ejecución pública ha perdido todo carácter de ejemplaridad en la medida de que ha pasado a ser un espectáculo habitual. Se rebela contra el hecho de que los curiosos exijan del condenado que dé muestras de valor, sin lo cual se consideran frustrados; protesta contra el rutinario ceremonial que rodea el acto, contra la hipócrita distinción establecida entre la forma de suprimir al noble y al plebeyo; y por último, contra el hecho de que la sociedad sólo sepa poner remedio al mal con otro mal: la muerte de un hombre. Todo esto le digusta más aún cuando los condenados que demuestran mayor serenidad en la hora de la muerte son aquellos que mueren por sus ideas políticas o que no tiene la menor creencia religiosa. En cuanto al criminal que ha sucumbido siempre a sus instintos, que ha matado y robado maquinalmente,

¹ BAE, t. CXXX, 278a.

² Campo Alange, *El último día de un reo de muerte*, por Víctor Hugo, *El artista*, 1(4), 25 enero de 1935, 40-43.

muere también maquinalmente, ya que está cerrado a cualquier remordimiento y desconoce el arrepentimiento; el que tiembla es el hombre que permaneció sordo a la voz del deber o de la religión, pero que al haber recibido alguna educación, se ve poseído por una duda que le aterroriza. Si así es, ¿por qué la pena de muerte? Estas y las ejecuciones constituyen usos obligados, vestigios de leyes que, aun siendo caudcas, se mantienen en vigor por la fuerza de la costumbre: “he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres”, escribe Larra. Vemos con ello la enorme diferencia que separa su obra del escritor de costumbres de la de un Mesonero; mientras éste describe con complacencia e indulgencia, aquél describe con intención de reformar, combatiendo el mal de raíz. Desde la misma óptica, “Fígaro” demuestra algo más tarde que el duelo en defensa del honor no es más que un asesinato, si no legal, cuando menos justificado por una costumbre obsoleta³. A finales de 1835 y principios de 1836 aparecen, en *El español* y la *Revista española* principalmente, varios artículos originales o traducidos que tratan el tema del régimen penitenciario y de la pena de muerte, pero siempre desde el mismopunto de vista general y humanitario, o con tendencia a proponer soluciones utópicas. Larra no se atiene a vagas consideraciones cuando toma de nuevo parte en el debate. En *Los barateros, o el desafío y la pena de muerte*⁴, parte de un hecho real: el asesinato de un determino por uno de sus compañeros de la celda en una cárcel de Madrid. Se subleva contra la diferencia establecida por la sociedad entre el noble y el hombre del pueblo en materia de duelo; si sale vencedor del combate, el primero no se le molesta, mientras que el segundo es considerado un asesino. Larra advierte que la cárcel no hace sino “estancar al acusado” y no le proporciona protección alguna frente a los oficiales de prisiones o a los demás detenidos. Lo que hace falta, escribe, no es que la sociedad se vengue del criminal condenándole, sino que se proeteja contra los crímenes, que emplee todos los medios para evitar que éstos se cometan. No se trata de diezmar, sino de mejorar el mundo de los hombres; y cuando no es

³ “El duelo”, revista *Mensajero*, 27 abril de 1835; BAE, t. CXXVIII, 79-82. Larra ya había abordado este tema en *El pobrecito hablador* y en una sátira inédita, publicada por A. Rumeau (*Larra poète...m* BH, III, 1951, 118-119).

⁴ *El español*, 19 abril de 1836; BAE, 204-207.

así, la aplicación de una pena supone recurrir al ejercicio del derecho del más fuerte, derecho contrario al respeto de la dignidad humana y de la justicia digna de tal nombre.

Al inicio de *Un reo de muerte*, Larra explica cómo y por qué fue deslizándose paulatinamente de la crítica teatral a la crítica social. Especifica su propósito de tal forma que induce a diferenciar sus intenciones de las de los costumbristas que se limitan a observar y describir; declara además que no dejará guiar por la costumbre que “casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en su sentir no debieran parecémoslo tanto”. Casi un año más tarde, vuelve a tratar el tema en *De la sátira y de los sátiros*⁵. La dificultad de este género está en que nohay que atenerse a las apariencias, sino “desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano”, “comprender perfectamente el espíritu del siglo”, fundarse en la verdad y buscar la utilidad. En fin, escribe:

Somos sátiros porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos la honra de pertenecer.

En este momento, la obra de Espronceda está al servicio de la misma causa, reponde al mismo imperativo.

La misión del escritor según Larra

La esperanza expresada por *Fíguro* en enero de 1836 dejó paso en diciembre al más amargo desencanto, agravado además por una crisis sentimental que desgarró profundamente a Larra. En su artículo *Literatura*, el segundo publicado en *El español*, deseaba ver a España ocupando un rango “suyo, conquistado, nacional” en la literatura europea. En un momento en el que progreso rompía las trabas a la libertad en todos los campos, Larra creía firmemente que las letras de su país seguirían el curso de la evolución general, ahora que un nuevo jefe de gabinete –Mendizábal- tomaba en sus manos los destinos de España y parecía querer encaminarla por fin por la senda del liberalismo:

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de

⁵ *El español*, 2 marzo de 1836; BAE, 161-165,

este inmenso progreso. En política el hombre no ve más que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*... Espremos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda la *verdad*, como de *verdad* es nuestra sociedad, sin más reglas que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la naturaraleza, joven, en fin, como la España que constituímos. Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia.

Ante un libro las preguntas a plantearnos deben ser las siguientes: “¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Ns eres útil?” Larra se niega a tomar partido en las querellas de escuelas, ya que en este plano dogmático la discusión resulta estéril al no ser ninguna de ellas absolutamente buena ni absolutamente mala. No se trata de oponer a Horacio y Boileau con Lope y Schakespeare, sino de dar cabida en la biblioteca a todos los grandes escritores, sean cuales fueren su origen, sus tendencias o su nacionalidad. Larra reclama “una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por lo tanto, del provenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensálo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso”. Según él esta literatura no debe estar reservada a una minoría, sino que debe estar

al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas; mostrando al hombre no como *debe ser*, sino como *es*, para conocerle; litatura, en fin, expresión de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo⁶.

Sin pronunciar nunca la palabra “Figaro” asigna al artista una misión, la de interesar e ilustrar a los lectores hablándoles sobre los problemas que se les plantean a los hombres de su tiempo. Ochoa, en su artículo sobre las *Poesías* de Juan Bautista Alonso, había hablado de la “misión generosa y santa” del poeta, pero la definía en términos grandilocuentes y vagos como una especie de entusiasmo patriótico y guerrero sin precisas su papel concreto ni su puesta en práctica. Esta palabra, “misión”, no tardará en hacer fortuna, pero su contenido se

⁶ Art. cit., supra, nota 74. La cursiva de las citas que preceden son del mismo Larra.

verá vaciado del verdadero sentido que implícitamente le otorgaba Larra. Ante la tumba de aquél, Zorrilla exclamaba:

Que el poeta en su misión
sobre la tierra que habita
es una planta maldita
con furtos de bendición⁷.

29

En sus poesías posteriores retornó esta definición bajo diversas formas: personaje maldito, aislado en una osiedad que no le comprende, a causa de lo cual sufre, el poeta es un ser hipersensible investido de un apostolado que consiste en repartir belleza y armonía entre los hombres a pesar de la hostilidad y la ignominia de la que es objeto⁸. Peers lleva razón cuando considera esta actitud, en el caso de Zorrilla, de pura afectación. La opone con razón a la sinceridad de un Vigny, y señala que otros versificadores menos capacitados ofrecían un blanco fácil a la ironía de los clasiquistas cuando seguían los pasos del autor de los *Cantos del trovador*⁹. Eso es lo que les reprocha y niega Lista en un artículo de 1839. Partiendo del principio según el cual el único objetivo de la poesía es el de agrandar, y su única finalidad la de hacer amar la virtud y aborrecer el vicio, se niega a identificar el don poético y la inspiración con una misión cualquiera; según él, los únicos investidos de ella son los profetas y los autores inspirados de los himnos y los cántidos de la sagrada escritura. Considerarse un enviado de Dios por escribir composiciones poéticas sería blasfemo y sacrílego si no fuese soberanamente ridículo. Y condena firmemente a quienes, en nombre de su “misión”

Abusan de este arte/la poesía/ para hacer descripciones inmundas o para ncluir máximas inmorales y perniciosas... No puede haber belleza en una composición contraria a las buenas costumbres, porque la deformidad moral es la mayor de todas, y basta a destruir todos los rasgos del cuadro mejor acabado¹⁰ (Lista,

⁷ “A la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Lara”, *Obras poéticas, de D. José Zorrilla...*, París, 1893, t. I, l.

⁸ Véase las citas de Zorrilla escogidas por Peers, HMRE, t. II, 434-436.

⁹ *Ibid.* 433-437.

¹⁰ *De la supuesta misión de los poetas. Ensayos literarios y críticos*, Sevilla, 1844, t. I, 165-167. Este artículo, publicado en la *Gaceta de Madrid* el 28 de marzo de 1839, procedía de *El tiempo* de Cádiz, en donde tuvo que aparecer un poco antes. Aunque es posterior a la

1844).

30

Lista sólo ve en el poeta a un artista, a un servidor de la “Belleza”, pero también del orden establecido. Larra tiene una concepción distinta de la función del poeta y del escritor en general: como misión —no podemos usar otro término— en la sociedad, le asigna la de guía; dicha concepción coincide con la de Lamartine, de 1830 en adelante, así como Hugo, Mickiewicz, Manzoni, Vigny y muchos otros defienden e ilustran, cada cual con sus matices peculiares. Y ya no es posible atenerse a un dogmatismo del justo medi, como Lista, para ser un escritor sensible a todos los aspectos del mundo contemporáneo y el intérpete de un ideal de emancipación de la humanidad. Desde esta óptica, las nociones de interesante, característico y útil sustituyen a las de belleza ideal y buen gusto. Al conformismo literario, religioso, político y social, se oponen la libre expresión y el libre examen de las ideas como bases de una literatura que, rechazando toda controversia formalista, pueda responder sin exclusiones a las necesidades y problemas de los hombres del mundo contemporáneo. A comienzos de julio de 1836, Larra dedica un artículo al “cuento romántico en verso” de J.F. Díaz, en “Blanca...”¹¹. Si bien reconoce que Madrid cuenta con algunos poetas —“los hay medianos, hay algunos hasta soportables”—, niega este título a los poetastros que, inspirándose en acontecimientos recientes, sólo componen obras de circunstancias en las que reaparecen constantemente los mismos tópicos trillados y las mismas rimas. Aunque a veces se dé el caso de que algún “hugonote, o sectario de Hugo” se dedique a tales ejercicios, los nuevos poetas se sienten atraídos sobre todo por el “cuento romántico [que] viene a ser la armadura blanca del

época que nos ocupa, refleja las convicciones de Lista que se habían mantenido inmutables desde 1834.

¹¹ “Blanca, cuento romántico en verso...”, *El español*, 3 de julio de 1836. El catálogo de las obras de Larra publicado por I. Sánchez Estevan (*Mariano José de Larra (Figaro), ensayo biográfico redactado en presencia de numerosos antecedentes desconocidos y acompañado de un catálogo completo de sus obras*, Madrid, Hernando, 1934, apéndice) contiene la referencia de otros seis artículos del autor de “Macías” (pero no de aquel que nos ocupa) firmados “L” y publicados en *El español* los días 11, 16, 18, 19, 20 de junio y 7 de julio de 1836, cuya paternidad no es dudosa F. Courtney Tarr (*More light on Larra*, HR, IV, 1836) atribuye a “Blanca...” a “Figaro”. Esta hipótesis nos parece correcta, y se justifica por el tono y el contenido del artículo.

poeta novel, hablando el lenguaje de la Edad Media". Desaparece la ironía cuando Larra elogia a Espronceda:

Marcha sin duda a la cabeza de nuestra moderna poesía romántica el joven D. José de Espronceda, de quien por nuestro periódico conocen ya nuestros suscriptores algunos fragmentos: entre los aficionados corren con general y justísima admiración las cacones de "El pirata, El mendigo, El redo de muerte" y otras que honrarían la energía y la armonía. La música poética y el entusiasmo le constituyen eminente poeta, y ponémoslo pues a la cabeza sin miedo de hallar contradicción por una calidad más esencial en este siglo, en que se busca algo más que canturía en los versos. El Sr. De Espronceda tiene una tendencia filosófica y política que da suma importancia a sus composiciones. No hacemos mención de su conocimiento en la lengua y otras circunstancias de esa especie que oímos a veces encarecer como un mérito, porque no concebimos que un poeta merezca más elogios por conocer su lengua, que merecería un carpintero por tener escoplo. La lengua es el instrumento, y lo menos que puede hacer en Castilla un literato es saber castellano.

Si bien cabe tener en cuenta que algunas de estas líneas pudieron serle dictadas por la amistad, no obstante, se desprende de ellas que lo que en otro momento hizo que Espronceda fuese considerado por algunos como un "poseur", aparece aquí como lo que confiere mayor valor a sus poesías. La distinguida elegancia de Rivas y la verbosidad de Zorrilla pudieron dar el pego, unidas a su diledidad tantas veces proclamada a las tradiciones, que resultaba de lo más tranquilizador. Pero la novedad de los temas y la profundidad de las cuatro *Canciones* de Espronceda le convierten indiscutiblemente, en ese momento, en el primer poeta romántico de España según lo entendía el testigo más lúcido de su tiempo, y también en el único cuya poesía fuese por entonces –según la bella expresión de Gabriel Celaya– "un arma cargada de futuro".